

MULTITUD ENARDECIDA Y FANTASMAS AFRANCESADOS. EL MOTÍN DE 1808 EN VERACRUZ

Hist. Adriana Gil Maroño
Centro INAH Veracruz

Aquella noche del 10 de agosto de 1808, la ciudad de Veracruz parecía consumirse en las llamas de la furia colectiva.

La multitud portando hachas encendidas quemó en medio de la plaza de armas, los muebles, alhajas, ropas y papeles del comandante del apostadero Ciriaco Ceballos, después de que enfurecida había saqueado su casa y arrojado a la calle puertas, ventanas y todo lo que había dentro de la misma. Posteriormente la turba incendió otra casa que tenía dicho comandante en la marina y se encaminó a hacer lo mismo en casa de don Tomás Murphy.¹

Horas antes, alrededor de las dos de la tarde, unas 600 personas estuvieron sacando de sus casas a las autoridades del ayuntamiento y les obligaron a presentarse en las salas consistoriales para que esa misma tarde se hiciera la proclama del monarca Fernando VII. El número de amotinados aumentó considerablemente ante el repique de las campanas que los convocaba y la horda a gritos exigía los pliegos, papeles y en especial la presencia de los supuestos franceses que aquella mañana habían arribado al puerto a bordo de la goleta Vaillante, embarcación que portaba bandera francesa.²

¿Qué despertó tanta indignación, cólera y violencia entre el vecindario de Veracruz?

El año de 1808 marcó el futuro de España y por ende la historia de la Nueva España. La invasión de Napoleón a la península y con ello las abdicaciones de los reyes en Bayona, obligados a ceder el trono real a José Bonaparte, hermano de Napoleón,

desencadenó el inicio del resquebrajamiento del imperio español y la independencia de las colonias en América. En efecto, el cautiverio del rey a manos de los franceses y la ausencia de soberanía en la figura real, generaron una crisis política sin precedentes, ya que nunca antes en la historia de las monarquías europeas se había visto que un trono real fuese usurpado por manos de un extranjero. En el imaginario de todos los reinos que se cobijaban bajo la corona española, aquello representaba la más grande ignominia. Dentro de este contexto histórico de convulsiones políticas en el mundo trasatlántico se inscribe el motín de 1808 en Veracruz.

Los motines durante el antiguo régimen no eran acontecimientos extraordinarios, por el contrario, se suscitaban comúnmente y en 1808 se produjeron levantamientos en muchos pueblos y ciudades del reino. No obstante, si consideramos el contexto histórico en que se sitúa el tumulto que nos ocupa y si destacamos el poder que para este momento histórico ostentaban los comerciantes de la ciudad de Veracruz y el peso de su cabildo, comprenderemos cómo el mencionado motín tuvo implicaciones en el desencadenamiento de los hechos históricos de gran trascendencia que posteriormente ocurrieron en la Nueva España.

Desde mi punto de vista, el tumulto que tuvo lugar el 10 y 11 de agosto de 1808 en la ciudad de Veracruz está ligado al golpe de estado que destituyó a Iturrigaray, entonces virrey de la Nueva España, la noche del 15 al 16 de septiembre de 1808 en la ciudad de México. Golpe de estado en el que estuvieron implicados algunos comerciantes de Veracruz, además de comerciantes y mercaderes de la ciudad de México y algunos miembros de la Real Audiencia³ y que ha sido considerado por algunos historiadores el antecedente, causa u origen de las posteriores luchas por la guerra de independencia hacia 1810.

Aunque historiadores del siglo XIX y del XX como Fray Servando Teresa de Mier, Lucas Alamán, Manuel B. Trens, Miguel Lerdo y más recientemente J. Archer han hecho mención del tumulto en Veracruz, considero que la historiografía ha minimizado el impacto que pudo tener el mismo en los acontecimientos políticos y sociales que le prosiguieron.

¹ Trens, 1992, p. 35.

² Trens, 1992, p. 34.

³ Ver Del Valle, 2010, pp. 87-104

Levantamientos en pueblos y ciudades del reino.

El 21 de abril de 1808 se produjeron tumultos en Toledo. El pueblo toledano, cansado de un gobierno inútil, se amotinó en una algarada que terminó en saqueos y asaltos, así como la destrucción de bienes de los representantes municipales. El propio general Thomas se vio obligado a abandonar precipitadamente la ciudad. El motín finalizó con vivas a Fernando VII. También después de que el pueblo de Madrid se levantara contra los franceses el 2 de mayo, estallaron tumultos en Oviedo, Sevilla y Badajoz.

Cabe destacar que además del convulsionado panorama político en la “madre patria”, en el ámbito local el descontento y las tensiones sociales por los intereses económicos de diversos grupos se multiplicaban en ciudades de relevancia del virreinato como su capital la ciudad de México y la ciudad de Veracruz. Así, el motín más que ser un arma política utilizada contra los franceses por el odio que los movía, fue una forma de intervención en la política local donde las amenazas, las críticas y las denuncias se cebaron sobre autoridades locales.

De manera que para 1808, con la ausencia del rey en España, la acefalía en que se hallaba la monarquía, la amenaza de la sombra de Napoleón acechando sobre la Nueva España y la pugna entre grupos sociales por el poder y el control económico en importantes ciudades del virreinato, se generó una paranoia colectiva donde las conspiraciones, los rumores, murmuraciones, las sospechas de alta traición, las intrigas, mentiras entre diversas facciones políticas y/o disidentes eran temas de todos los días. De ahí el miedo, la indignación, la cólera y la violencia que hizo estallar el motín de 1808 en Veracruz.

Para abordar el mencionado motín y reflexionar sobre el impacto e implicaciones que pudo haber tenido en el curso de la historia, nos hemos apoyado metodológicamente en los aportes de Arlette Farge sobre la lógica de las multitudes y las emociones del pueblo. Tal y como lo afirma la autora, las emociones de la multitud, su presencia masiva con sus gritos, reclamos, gestos, demandas, son resortes que han empujado o han pretendido influir en el estado de las cosas, apropiándose y modificando las reglas del juego.⁴ Farge alude a la forma decisiva en que la política se inscribe en los cuerpos y cómo: “Atravesado por lo político, el cuerpo –en sus emociones, sus palabras y sus gestos– hace él mismo política”.⁵

A continuación, a través de “el relato de los cuerpos”, nos aproximaremos a observar la efusión de las emociones del pueblo cuando en medio de una crisis política se trastoca una figura primordial del imaginario colectivo y se tambalea un sistema de

La multitud decidió que Ciriaco Ceballos era el traidor. Las fuentes señalan cómo desde las azoteas, hombres a gritos pedían su cabeza y cómo el pueblo empezó a amotinarse para después ir a buscarlo a su casa...

valores. Y cómo este hecho tan sensible es aprovechado en Veracruz para agitar a la población y favorecer los fines económicos de un grupo social con intereses en pugna.

¿Con el enemigo en casa?

En el verano de 1808, el virreinato de la Nueva España esperaba con ansias noticias sobre los terribles hechos que acontecían en España. En Veracruz solían recibirse las primicias traídas en las goletas correo y en el mes de julio de aquel verano, la barca Ventura arribó con tristes novedades que se difundieron entre el vecindario y después confirmó la gaceta de México: los reyes de España habían abdicado en Bayona obligados por Bonaparte.⁶

Sólo unos días después, el 26 de julio, a bordo de la goleta Esperanza procedente de Tarragona y Ceuta, se recibían noticias de que los españoles habían comenzado a batir a los franceses logrando expulsar al Duque de Berg de Madrid y proclamando a Fernando VII.⁷ Con el fin de publicitar y festinar este hecho entre el vecindario, el cabildo acordó solemnes misas para dar gracias el día siete de agosto.

En medio del vértigo emocional que provocaban las noticias llegadas de España, el 10 de agosto de ese año se apostó en el muelle un concurrido número de vecinos a mirar extrañados y asombrados, una goleta de nombre “La Vaillante” que con bandera francesa había amanecido en el canal del puerto. De inmediato se esparció la voz y corrió el rumor en la ciudad de que a bordo venían y habían ya desembarcado en suelo veracruzano, un alto militar francés en compañía de don Miguel de Azanza –virrey de Nueva España hasta el año de 1800– a quien ahora acusaban de haberse aliado a los franceses.

Influido por estas murmuraciones, el vecindario pronto pasó del asombro al pavor ante la posibilidad de que temidos y despreciados enemigos franceses se hubiesen escondido en suelo veracruzano bajo el cobijo de algún o algunos traidores. El miedo se propagó rápidamente y las miradas acusadoras señalaron como culpable al comandante del apostadero, Ciriaco Ceballos, sobre todo después de que éste publicara en la puerta del mue-

Otra razón de las antipatías que se había ganado Ceballos era la especulación descarada que hacía con los precios de productos básicos como la sal, provocando alzas sin precedentes.

Edicto publicado en la puerta del muelle por Ciriaco Ceballos: “He dado las providencias más rígorosas para impedir toda clase de comunicación con los individuos de la goleta francesa que acaba de aprisionarse en este puerto, y hago saber a todos los sujetos a la jurisdicción de marina que si directa o indirectamente comunicasen con dichos individuos ya de palabra o por escrito, serán declarados y juzgados por traidores y como tales perderán irremisiblemente la vida”. (Trens, 1992, p. 32).

⁴ G Farge. 1998, p. 10.

⁵ Farge. 2008, pp. 15-18.

⁶ Trens, 1992, p. 32.

⁷ Trens, 1992, p. 32.

lle un edicto con el que impedía la comunicación con la goleta francesa so pena de muerte a quien osara desobedecer.

En medio del estupor, el vecindario se preguntaba por qué Ceballos mandaba a prohibir la comunicación con dicha barca y por qué en su edicto no explicaba las razones de tal prohibición. ¿Qué acaso él sería el traidor?

Ceballos entre la traición y la ambición

Del pavor se pasó a la indignación y sin evidencia alguna, la multitud decidió que Ciriaco Ceballos era el traidor. Las fuentes señalan cómo desde las azoteas, hombres a gritos pedían la cabeza de Ceballos y cómo el pueblo empezó a amotinarse para después ir a buscarlo a su casa. Al no encontrarlo a él ni a los supuestos afrancesados, la turba lanzó por las ventanas sus bienes y los incendiaron en la calle.

Ceballos logró escapar del tumulto en un bote al Castillo de San Juan de Ulúa. Ahí se escondió en una fragata por espacio de tres días y salió huyendo a Nueva Orleans donde vivió tres años.⁹ No obstante, desde el inicio del tumulto, éste dirigió al ayuntamiento una comunicación en la que decía que él era un español: *“tan entusiasmado como cualquiera por los intereses de su patria y de su rey, y un hombre a quien jamás ha sido indiferente la opinión de este pueblo.”*¹⁰ En dicha comunicación explicaba también que había sido malinterpretado su edicto y que si había prohibido el contacto con la goleta Vaillante era porque llegó a suponer que dicha embarcación traía escritos sediciosos con el objeto de atraerse partidarios.

Pese a que la multitud descargó su cólera y violencia contra el comandante del

Días después los miembros del cabildo lo vindicaron ante el virrey Iturrigaray, argumentando que había sido infame e injusta la nota de traidor con la que el pueblo amotinado lo había calumniado.

apostadero Ciriaco Ceballos y pese a que ni el gobernador militar Pedro de Alonso, ni el ayuntamiento, ni otros oficiales le brindaron apoyo y lo abandonaron a su ruina durante el motín, días después los miembros del cabildo lo vindicaron ante el virrey Iturrigaray, argumentando que había sido infame e injusta la nota de traidor con la que el pueblo amotinado lo había calumniado.¹¹ Visión compartida por historiadores del siglo XIX y XX, quienes en sus textos exculpan a Ceballos de haber querido traicionar a la madre patria.

Entonces, ¿por qué el encono de la multitud se vertió contra Ceballos? Rudolf Widmer afirma que en 1810 se realizó una amplia investigación que demostró que no había duda sobre la lealtad del funcionario a la Corona y que las acusaciones de alta traición eran sólo pretexto para poder actuar contra uno de sus funcionarios.¹² Por su cargo como comandante del apostadero, Ceballos se había ganado la antipatía de amplias capas del comercio de la ciudad, ya que una de las funciones que le competían era combatir la piratería y el contrabando que emergía cada vez que España estaba en guerra contra Inglaterra. Así, en ocasiones se prohibía la navegación en el seno mexicano, como sucedió en 1805 bajo las órdenes del virrey Iturrigaray.

No obstante, Ceballos a la vez que aplicaba tan severas órdenes a la mayoría de los comerciantes de Veracruz paralizando sus negocios intercontinentales, privilegiaba a unos cuantos que sí comerciaban en esos tiempos de cese. En particular se decía que la casa de Matheo Lorenzo

Murphy gozaba de amplias libertades en su comercio con Inglaterra, mientras a la mayoría se les prohibía. El hecho de que una de las primeras casas atacadas por la multitud el 10 de agosto fuera la de Murphy, indica quizás la mano agitadora de aquellos comerciantes que no tenían los medios para recurrir al contrabando. Incluso las fuentes mencionan que los principales instigadores durante el motín fueron los matriculados.

Otra razón de las antipatías que se había ganado Ceballos era la especulación descarada que hacía con los precios de productos básicos como la sal, provocando alzas sin precedentes. Y es que al controlar la navegación de los barcos, Ceballos podía controlar también el abasto y carestía de productos que venían en barcos procedentes de Campeche y Sotavento, por ejemplo.¹³ Estos negocios le prodigaron sustanciosas ganancias a Ciriaco Ceballos, pero también le atrajeron la animadversión de muchos comerciantes poderosos que no fueron beneficiados. Incluso Lerdo de Tejada menciona con suspicacia que el gobernador don Pedro Alonso pudo haberse puesto enérgico y contener el motín, pero lejos de esto “lo dejó correr y tomó gran cuerpo, pues la chusma marinera entró en la casa de Ceballos”.¹⁴

En medio de las llamas Veracruz jura a su rey

En esta atmósfera de miedo por la crisis política en España, de tensión entre grupos de poder y de descontento social en el puerto por la carestía y encarecimiento de productos básicos, arribó la goleta francesa a costas veracruzanas. Embarcación que vino a agitar las aguas ya de por sí revueltas de una población indignada. Si a algo le tenían pánico las autoridades del antiguo régimen era al amontonamiento de gente encolerizada, de ahí las innumerables medidas impulsadas desde el poder para promover el orden y el control social.

Las llamas de la multitud sólo pudieron apagarse con el aguacero que cayó intempestivamente. Y es que ni los rezos, ni las procesiones, ni los rosarios que organizaron los curas consiguieron languidecerlas. Tras las aguas, la ciudad se apagó hasta quedar en silencio y en una aparente tranquilidad

⁸ Ceballos tuvo que enfrentar cargos y una investigación que pareció interminable. Finalmente en el año de 1811 “la Junta de Seguridad de la ciudad de México examinó una vez el caso de Ceballos y lo indultó por cargos erróneos hechos contra su lealtad a España”. Archer, 1986, p. 29.

⁹ Trens, 1992, p. 35.

¹⁰ El gobernador admitió que después de los eventos del 10 y del 11 era imposible ofrecer al capitán Ceballos protección adecuada de sus posibles enemigos, ni siquiera en el Castillo. Archer, 1986, p. 28.

¹¹ Archer, 1986, p. 28.

¹² Widmer, 2009, p. 280-282.

Widmer, 2009, p. 280-282.

¹³ Lerdo, 1857, p. 233.

¹⁴ Gil, 2001.

La jura de Fernando VII es el primer caso que encuentro en Veracruz de una jura real escenificada en medio de las llamas provocadas por la multitud. Bastó un cartel pegado en la puerta del muelle prohibiendo el contacto con la embarcación francesa y las manos agitadoras de unos cuantos sediciosos para que el pueblo se encendiera.

Es digno de destacar la maestría con que el poder desplegaba día a día respuestas fácticas y dispositivos para arraigar en el imaginario colectivo la adhesión y la fidelidad a la corona, a la monarquía y por ende a las autoridades que los representaban en el ámbito local. Muestra de ello son las fiestas y ceremonias instituidas desde tiempos inmemoriales como las juras de reyes, ceremonias de bienvenida a virreyes, nacimientos, bodas y demás eventos de la familia real que eran pretexto para invitar a súbditos y vasallos para que gustosamente les rindieran tributo en todos los pueblos, villas y ciudades del reino. La figura del rey y de la monarquía aglutinaba y daba cohesión al inmenso, variado y diverso imperio español y este tipo de fiestas y ceremonias de índole política eran instrumentos utilizados para institucionalizar en la población creencias y valores.¹⁵

Llevo años estudiando fiestas y ceremonias, y la jura de Fernando VII es el primer caso que encuentro en Veracruz de una jura real escenificada en medio de las llamas provocadas por la multitud. Bastó un cartel pegado en la puerta del muelle prohibiendo el contacto con la embarcación francesa y las manos agitadoras de unos cuantos sediciosos para que el pueblo se encendiera. Y recordemos que el 10 de agosto fue una multitud de 600 personas que aclamando a Fernando VII sacó de sus casas a los señores capitulares para que se hiciera inmediatamente la proclamación del rey por el pavor que despertaba la sospecha de que los franceses pudiesen estar escondidos en algún punto de la ciudad.

A diferencia de las juras que he estudiado, la de Fernando VII en el puerto fue conducida y ejecutada tras la batuta de las emociones del pueblo. Algo digno de destacar, si consideramos que las juras reales por tradición seguían un protocolo oficial muy preciso instituido desde el poder. En ésta, la indignación de la multitud fue la que marcó las pautas sobre lo que debía hacerse en la ceremonia rompiendo con el protocolo establecido y poniendo de cabeza las representaciones de quienes ejercían el poder en la ciudad. A continuación enumero situaciones que ejemplifican cómo las efusiones multitudinarias colapsaron todo orden:

1.- El pueblo amontonado exigía la ejecución de la real proclama, y el ayuntamiento les dijo que sólo estaban esperando que en la ciudad de México se verificase para que después se hiciera en Veracruz. A gritos y haciendo repicar las campanas de la iglesia, la multitud exigió la presencia de los supuestos afrancesados y los pliegos que habían arribado en la goleta. Así, antes de efectuarse la ceremonia, los regidores dispusieron una comisión que fue a la goleta por los pliegos para que fueran leídos al público.

2.- La primera proclama se realizó espontáneamente en la plaza en medio de 12 mil personas que la pidieron a gritos, y para ello, la gente improvisó el tradicional tablado con una mesa en la que se subieron las autoridades para ejecutarla y saciar la euforia colectiva. Una bandera con la imagen del rey que enarbolaba alguien entre el público, fue tomada por el alférez real y utilizada como estandarte ante la multitud alborotada para encabezar el acto.

3.- Tradicionalmente después de la real proclama se acostumbraba lanzar monedas al pueblo, en esta ocasión cuando el alférez real se dispuso a hacerlo el gentío se “opuso a grito tendido”.

4.- Se acostumbraban practicar tres reales proclamas en diferentes sitios de la ciudad previamente seleccionados y durante la carrera la comitiva seguía un orden y jerarquía muy precisos. En esta ocasión el orden del paseo se rompió ante la presencia de un grupo que pedía el regreso de la multitud a la plaza para impedir que se fugasen los enemigos, ya que habían visto salir sospechosamente dos botes con rumbo a La . Trens dice que: “Inmenso trabajo costó convencer al pueblo que la jura debería continuarse, y que para prevenir cualquier intento de los enemigos, bastaba con que salieran 30 lanceros y 20 paisanos a caballo para La Antigua”.¹⁶

Una vez terminada la jura, se cantó en la parroquia un Te Deum y de regreso en la plaza se dio lectura a los pliegos que venían en la goleta. Dichos pliegos a pedimento del pueblo fueron quemados a la luz de una antorcha y según Trens, éstos eran remisión de los impresos con las renunciaciones de los monarcas y el nombramiento del duque de Berg como lugarteniente del reino. Mientras éstos se leían al público, el anochecer se fue iluminando con hachas encendidas por la multitud, que furiosa se dirigió a saquear y a quemar las casas del comandante Ciriaco Ceballos.

Las llamas de la multitud sólo pudieron apagarse con el aguacero que cayó intempestivamente. Y es que ni los rezos, ni las procesiones, ni los rosarios que organizaron los curas consiguieron languidecerlas. Tras las aguas, la ciudad se apagó hasta quedar en silencio y en una aparente tranquilidad.¹⁷

De las llamas a las armas

Las fuentes dan cuenta de cómo días después del motín, el ambiente en la ciudad seguía cargado de zozobra y expectación. Durante la noche y el día siguiente el pueblo incesantemente siguió expresando a las autoridades correspondientes su inconformidad. Analizando la información, percibimos dos preocupaciones fundamentales en los reclamos del pueblo durante los días posteriores al tumulto:

a) Les preocupaba el destino de los pliegos que venían en la goleta, pues aunque habían quemado los que venían dirigidos a la ciudad, aún quedaban los que habían de enviarse al virrey Iturrigaray y b) les preocupaba la defensa militar de la ciudad de Veracruz.

Después del aguacero que apagó el tumulto, los municipales se reunieron en el ayuntamiento de las once de la noche a la una de la mañana para resolver cómo evadir la promesa que le habían hecho a la multitud sobre que a la mañana siguiente les serían entregadas las armas que estaban en los reales alma-

¹⁶ Trens, 1992 p. 34.

¹⁷ Trens, 1992 p. 35.

cenas. El pueblo las exigía. Alrededor de las tres de la madrugada el gobernador Alonso fue sorprendido por algunos espías conduciendo los pliegos al administrador de correos para que se los hiciese llegar a Iturrigaray. Fue entonces que una turba de 300 personas con hachas encendidas comenzó a gritar desaforadamente que se les engañaba, que había traición en los manejos y obligaron al administrador de correos a dar su palabra de que los pliegos no saldrían de su oficina. Entretanto otros grupos andaban por las calles golpeando las casas para alarmar al vecindario.

A la mañana siguiente, el pueblo se presentó en las oficinas del correo “pidiendo los cajones y pliegos, los que sacaron a la fuerza y llevaron a la sala capitular para que los municipales los abrieran, pero habiéndose rehusado éstos, lo hizo el pueblo rompiendo un cajón en la galería de las casas capitulares y otro en la plaza, en medio de un mayúsculo escándalo y dándose lluvia de golpes. Después de esta tropelía, se presentaron a reclamar las armas ofrecidas...”¹⁸

Después de varios amagos y nuevos intentos de tumulto, los principales revoltosos y las autoridades llegaron a los siguientes acuerdos a cambio de recuperar la tranquilidad y el sosiego en la ciudad:

- La promesa de que Ceballos no volvería a tierra.
- Se indultarían los excesos cometidos durante el tumulto.
- Se entregarían armas al vecindario honrado.

Fue así como se tomaron las armas de los reales almacenes y el vecindario se organizó para defender la plaza ante cualquier ataque sorpresa del enemigo.

Cabe mencionar que el ayuntamiento le escribió el 16 de agosto una misiva al virrey Iturrigaray para informarle lo que estaba sucediendo en Veracruz. En la misma le explicaron que tenían el recrudecimiento de los males ocasionados por los amotinados y que ante la desconfianza que les generaba el batallón fijo de Veracruz ya que estaba conformado por soldados sentenciados a presidio, le solicitaban aumentara la guarnición de la plaza. El virrey lo consideró pues incluso lo comentó con Calleja pero al final, Iturrigaray se negó a aumentar la guarnición en la plaza de Veracruz para reforzar su defensa.

Epílogo. “Los verdaderos padres de la patria”

La información que le fue remitida al virrey Iturrigaray respecto a los acontecimientos del 10 y 11 de agosto en Veracruz, aludía a algo más serio que a un simple motín. De acuerdo a fuentes del AGN del ramo Historia, en una misiva del 5 de septiembre del mismo año, Pedro Telmo Landero gobernador político le informó al virrey que todos los capitulares del cabildo de Veracruz habían hecho la formal renuncia de sus destinos en el gobierno de la ciudad y que amenazaban un hecho escandaloso y ruinoso que produciría consecuencias de la mayor gravedad. Incluso Landero se refirió a los regidores llamándolos “los verdaderos padres de la patria”.¹⁹

También el virrey recibió una carta particular donde se le informó “que algunos agentes díscolos del puerto se hallaban inquietos y tenían la intención de pasar a La Antigua para llevarse la artillería de grueso calibre a la ciudad de Veracruz”. Iturrigaray temió que esa insurrección fuera aprovechada por los enemigos franceses para enviar fuerzas expedicionarias y con el fin de evitar mayores peligros, en una carta del 10 de septiembre “ordenó al comandante del acantonamiento en Xalapa, García Dávila, que despachara sin demora los regimientos de dragones de España y del príncipe a impedirlo y aprehender a los autores en Veracruz, tratando con todo vigor a los que se resistiesen”.²⁰

El motín puso en su punto más álgido los conflictos que desde años atrás enfrentaban los poderosos comerciantes de Veracruz con el virrey Iturrigaray por privilegios e intereses económicos. Por ejemplo, entre 1805 y 1808 Iturrigaray había ordenado trasladar el comercio y las tropas a Xalapa bajo el argumento de velar por la defensa de la Nueva España y cuidar la seguridad del comercio. Dichas medidas dejaban desguarnecida y desprotegida a la ciudad de Veracruz ocasionando graves perjuicios a su comercio.²¹ Como era de esperarse, los comerciantes de la ciudad no tardaron en mostrar su oposición y recurrir a sus relaciones metropolitanas en la corte madrileña logrando que Godoy interviniese a su favor para algunos asuntos.

Días después del intercambio de la correspondencia arriba mencionado, la noche del 15 al 16 de septiembre de 1808, Iturrigaray fue víctima de un golpe de Estado orquestado por don Gabriel de Yermo y otros comerciantes y mercaderes de la ciudad de México, así como algunos oidores de la Audiencia de México. Comerciantes de Veracruz también estuvieron implicados en este hecho.²²

Algunos historiadores afirman que los tan socorridos pliegos que venían en la goleta francesa y que con tanto afán la multitud insistía que se destruyeran, eran papeles que confirmaban a Iturrigaray como virrey de Nueva España y que le otorgaban el cordón de la legión de honor. Pero como hemos visto en líneas anteriores, después de que tales pliegos fueron abiertos y se conoció su contenido, los amotinados impidieron a toda costa su circulación a la capital del virreinato quemándolos y haciéndolos perecer en el ardiente suelo veracruzano.²³

Un mes más tarde, Iturrigaray no sólo no fue ratificado como virrey de Nueva España, sino que fue destituido de su cargo con el mencionado golpe de Estado y encarcelado en Ulúa con su familia, para después ser trasladados a España el 6 de diciembre de 1808.

¹⁸ Trens, 1992, p. 36.

¹⁹ Archivo General de la Nación (AGN) citado por Archer, 1984, p. 29.

²⁰ Archivo General de la Nación (AGN) citado por Archer, 1984, p. 29.

²¹ Archer, 1983.

²² Del Valle, 2010, p. 87-104.

²³ Se dice que también venían pliegos para el arzobispo, para obispos del reino, para la Real Audiencia y todas las autoridades establecidas.

Síntesis curricular

Aspirante a doctorado en Historia de América Latina Contemporánea por el Instituto Universitario José Ortega y Gasset adscrito a la Universidad Complutense de Madrid. Maestra en Historiografía de México por la UAM-Azcapotzalco. Licenciada en Historia del Arte por la Universidad Cristóbal Colón. Investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia desde el año de 1993, trabajando en prácticas culturales y representaciones sociales en el Veracruz virreinal con el fin de profundizar en el estudio de la construcción de identidades sociales.

Ha publicado numerosos artículos, ensayos, capítulos de libros, ponencias y conferencias. Actualmente trabaja en su tesis de Doctorado estudiando las pervivencias y mutaciones en la transición del antiguo régimen al liberalismo centrándose en los problemas para la construcción de ciudadanía en México.

Bibliografía

Alamán, Lucas, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. Tomo I, Imprenta de J. M. Lara, calle de la Palma, núm. 4, México, 1849.

Archer, Christon, *El ejército en el México borbónico. 1760-1810*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Del Valle, Guillermina, "Mercaderes agraviados. El derrocamiento del virrey José de Iturrigaray en 1808", en Serrano, José A. y Jáuregui, Luis. *La Corona en llamas. Conflictos económicos y sociales en las Independencias Iberoamericanas*, Ed. Universitat Jaume I, Valencia, 2010.

Farge, Arlette y Revel, Jacques, *Lógica de las multitudes. Secuestro en París, 1750*, HomoSapiens Ediciones, Rosario, 1998.

Farge, Arlette, *Efusión y tormento. El relato de los cuerpos. Historia del pueblo en el siglo XVIII*, Katz Editores, Madrid, 2008.

Gil Maroño, Adriana, *La fiesta como texto: prácticas culturales y representaciones sociales en la jura de Carlos IV. Veracruz 1790*, Tesis de Maestría en Historiografía por la UAM-Azcapotzalco, México, 2001.

Lerdo de Tejada, Miguel, *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, Tomo II, Imprenta de Vicente García Torres, calle de Don Juan de Letrán número 3, México, 1857.

Meyer, Alicia (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana. Redes y perspectivas*, Tomo I, UNAM, México, 2007.

Teresa de Mier, Fray Servando, *Historia de la Revolución de la Nueva España*, Tomo I, Imprenta de Guillermo Glindon calle de Rupert, Londres, 1813.

Trens, Manuel B., *Historia de Veracruz*, Tomo III. La guerra de independencia. 1808-1821, SEC del Gobierno del Estado de Veracruz, 1992.

Widmer Rudolf, *Los comerciantes y los otros. Costa Chica y Costa de Sotavento. 1650-1820*, Afrodesc, México, 2009.